

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 3.º
GIJÓN

SIGÁMOSLE

La mansión ofrecida por Pilato era un palacio magnífico, pero a pesar de los surtidores y de la sombra de los árboles, el calor en el atrio era sofocante. Los mármoles parecían abrasados por aquel sol de primavera.

Cinna vió en el jardín, no lejos del palacio, un viejo sicomoro que extendía a gran distancia su sombra. El sitio era descubierto y aireado, y en él mandó colocasen la litera de Anthea, adornada con jacintos y flores de manzano. Y sentándose junto a ella, le preguntaba tomándole las manos, de palidez alabastrina:

—¿Te sientes bien, querida mía?

—Sí, contestó Anthea con voz apenas perceptible.

Y cerró los ojos como vencida por el sueño.

Reinó profundo silencio. La brisa agitaba las ramas haciendo un ruido tan suave como el crujir de la seda; los rayos del sol atravesando el follaje, dibujaban en el suelo caprichosas manchas rojizas; entre las piedras cantaban los grillos.

Abriendo los ojos la enferma, preguntó:

—Cayo, ¿es cierto que en este país ha aparecido un filósofo que devuelve la salud a los enfermos?

—Llámanle el profeta, respondió Cinna. He oído hablar de él, y quería traértelo; pero al parecer es sólo un impostor. Blasfema y predica contra las creencias del país, y por esta causa el procónsul le ha entregado a los verdugos: hoy mismo debe ser crucificado.

Anthea inclinó la cabeza,

—El tiempo te curará, prosiguió Cinna viendo retratada la tristeza en el semblante de la que tanto amaba.

—El tiempo... está al servicio de la muerte y no al de la vida, replicó Anthea lentamente.

De nuevo reinó el silencio: los rayos del sol reflejábanse en el suelo; cantaban los grillos cada vez más fuerte, y de las hendiduras de las piedras salían las lagartijas sedientas de sol.

Cinna tenía los ojos fijos en Anthea, y por milésima vez cruzó por su mente

la desgarradora idea de que estaban agotados todos los remedios... que era vana toda esperanza... y que en breve no quedaría de aquel ser adorado más que una impalpable sombra, un puñado de ceniza en una urna del columbario de familia.

Cerrados los ojos, y recostada en la litera cubierta de flores, Anthea parecía muerta.

—¡Yo te seguiré! pensaba Cinna.

Oyóse el ruido de pasos lejanos.

La palidez de Anthea aumentaba: su boca entreabierta respiraba con dificultad. La inteliz mártir creyó oír los precipitados pasos del cortejo de seres invisibles precediendo al espectro de ojos de brillantes. Pero Cinna le tomó la mano y procuró tranquilizarla.

—No temas, Anthea mía. También oigo estos pasos.

Y añadió:

—Es Poncio Pilato que viene a visitarnos.

Y apareció el procónsul a la vuelta del sendero, escoltado por dos esclavos.

Era un hombre de mediana edad, de rostro lleno y lampiño. Su frente reflejaba, a la vez que gravedad ficticia, inquietud y fatiga.

—¡Salud a ti, noble Cinna; y a ti, Anthea divina! dijo al llegar a la sombra del sicomoro. Fresca ha sido la noche y cálido es el día; ¡que a entrambos os sea propicio! ¡que la salud de Anthea vuelva a ser floreciente como estos jacintos, como las flores de manzano que adornan su litera!

—¡Salud, noble Pilato! seas bienvenido, repuso Cinna.

Sentóse el procónsul en un banco de piedra, y al contemplar a Anthea frunció el ceño y dijo:

—La soledad y el fastidio engendran la tristeza y la enfermedad. Entre la multitud desaparecerá el temor. Seguid mi consejo. Aquí, por desgracia, no estamos en Antioquía ni en Cesarea. No tenemos juegos ni carreras, y si levantásemos un circo, estos fanáticos lo destruirían al día siguiente. La única palabra que oímos es: ¡la ley! ¡la ley! y todo le molesta a esta ley.

¡Cuánto prefiriera hallarme en el país de los escitas!

—¿Qué quieres decir, Pilato?

—Es verdad... ¿qué digo? ¡Ah! ¡los temores, la inquietud!... Confundidos entre la muchedumbre no pesarían sobre vosotros el temor ni el fastidio. Hoy precisamente podéis asistir a un curioso espectáculo. En Jerusalén precisa contentarse con poco... Cuidad, pues, que Anthea se encuentre este mediodía entre la multitud. Hoy tres hombres morirán clavados en cruz, y más vale ver algo que nada. En la ciudad podréis ver también millares de peregrinos que de todo el país han afluido a Jerusalén para celebrar las fiestas de Pascua. Cómodamente podréis contemplar a este extraño pueblo. Dispondré que os acompañen a un lugar excelente, cerca de las cruces. Espero que los ajusticiados darán pruebas de valor. Uno de ellos es un personaje singular: se titula Hijo de Dios, es manso como una paloma, y en realidad no merece la muerte.

—¿Cómo, pues, le condenaste a ser crucificado?

—En primer lugar para salirme del atolladero y luego para que no cayera sobre mí el insensato furor de este nido de avispas que se guarecen en el Templo. Ya los sacerdotes se quejan de mí a Roma. Y luego la víctima no es ciudadano romano.

—¿No es ciudadano romano? ¿Acaso por eso serán menores sus sufrimientos? repuso Anthea.

El procónsul calló; luego en voz muy baja, cual si hablara consigo mismo, prosiguió:

—Entre todas las cosas la que más odio es la exageración. Me basta oír la nombrar para sufrir todo el día... La moderación, el justo medio... ello es lo prudente, lo sabio... ¡Creo que en toda la tierra no existe pueblo que lo practique menos que éste!... ¡Y me fastidia! ¡y me desespera! Siempre luchando sin que me brinden una hora de calma ni los hombres ni la naturaleza. ¿No la veis? es primavera, y las noches son frías y los días tan ardientes que las piedras os queman los pies. Faltan largas horas para llegar al mediodía y el aire es cálido, asfixiante...

¿Y los hombres? mejor será que no hablemos de los hombres... Antes que en Jerusalén preferiría vivir... En fin... reanudemos nuestra primera conversa-

ción... Id a presenciar la ejecución. Estoy convencido de que este Nazareno morirá heroicamente... Le mandé azotar esperando salvarle de la muerte... ¡porque, creedme, no soy cruel!

Recibió los azotes paciente como cordero y bendiciendo a la humanidad. ¡Al sentir que de las heridas manaba sangre levantó los ojos al cielo... oraba!!!

¡Es el más extraordinario, el más admirable de cuantos hombres he conocido!... Desde que le azotaron mi mujer me importuna repitiendo: «No es posible que permitas la muerte de ese Justo.» ¡Yo! ¿y qué anhelo sino salvarle? Dos veces abandoné el Pretorio: dos veces hablé a estos sacerdotes feroces, a esa turba miserable... A una voz, desencajado el rostro, aullando cual energúmenos, sólo han sabido contestar: «¡Crucifícale!»

—¿Y cediste? preguntó Cinna con energía.

—De no ceder en Jerusalén estalla espantosa revuelta... y yo estoy aquí para mantener el orden. ¡El deber ante todo!... No amo las exageraciones; tampoco amo a la muerte... Pero cuando he tomado una resolución, no titubeo en sacrificar la vida de un hombre en pro del bien público... y más aún si el tal hombre es un desconocido de quien nadie vendrá a pedirme cuentas... No es ciudadano romano... peor para él.

¿Crees acaso que sólo para Roma nace el sol? murmuró Anthea.

—Divina, le contestó el procónsul, podría responderte que en toda la tierra el sol al brillar sólo encuentra romanos; que él es la aureola del poder romano, y que es deber sacrificarlo todo a la felicidad de Roma... ¡Las revueltas debilitan nuestra autoridad!... Permíteme te ruegue no me obligues a revocar la sentencia. Cinna te dirá que es imposible, y que el emperador es el único que tiene poder para tanto... Yo aunque quisiera no podría... ¿Verdad, Cayo?

—Es verdad.

Tales palabras causaron en Anthea visible tristeza, que reflejóse en su rostro, y la obligó a murmurar:

—¡Entonces un inocente puede ser torturado y muerto!

En el mundo no hay inocentes, contestó Pilato... Este Nazareno no ha cometido el menor delito... bueno; yo, como procónsul, me lavé las manos. Pero como filósofo condeno su doctrina. Hablé con El y me convencí de que enseña cosas extraordinarias, inauditas.

Afirma que el mundo existe por la sabiduría y la moderación... Claro que ni yo ni nadie se atreverá a negar que la virtud es útil... Los estoicos que enseñan a recibir con indiferencia las adversidades, no exigen como El la renuncia de todo, desde las riquezas hasta la comida cotidiana... ¡Pedir tanto es demasiado!

Dime, Cinna, tú que eres sabio, ¿qué dirías de mí si un día sin motivo alguno regalara este palacio, que hoy habitáis, a los vagabundos harapientos

que se calientan al sol cabe a la puerta de Job?...

Esto o algo parecido es lo que el Nazareno exige a sus discípulos.

Enseña también que los hombres todos debemos amarnos como hermanos: judíos y romanos, romanos y egipcios, egipcios y africanos... todos... En fin, que al oír tal disparate me cansé de prestarle atención.

En presencia del tribunal, en aquellos instantes decisivos que eran para El de vida o muerte, su actitud era digna, noble; dijérase que no le juzgaban; ¡enseñaba y oraba! ¿Cómo podía salvar a quien al parecer no le preocupa salvarse?

Cuanto enseña lo practica...

Se proclama Hijo de Dios. Destruye los fundamentos sobre que descansa nuestra sociedad. ¡Poco se lo agradecerán los hombres!

Yo, como hombre, protesto de su doctrina. Aun suponiendo que no tenga fe alguna en los dioses, asunto este que sólo a mí me incumbe, admito la necesidad de una religión. Y la defiende públicamente, porque opino que la religión es para los hombres el freno más excelente... Los caballos deben atarse al carro y precisa atarlos bien... Además, la muerte debe asustarle poco al Nazareno, porque afirma que resucitará.

Cinna y Anthea se miraron sorprendidos.

—¿Resucitará?

—Dentro tres días, ¡ni más ni menos! Así lo enseñan sus discípulos. Se me olvidó preguntárselo... Pero vamos, poco importa, pues la muerte desata las promesas... Y aun cuando no resucite nada perderá porque, según su doctrina, la verdadera felicidad y la vida verdadera empiezan después de la muerte... Lo afirma con entereza y convicción, como hombre que tiene la certeza absoluta de que cuanto anuncia se cumplirá... En su reino brilla una luz más pura, mas hermosa que la luz del sol; y dice que cuanto más padeciéreis en la tierra tanto mayor será vuestra dicha allá, al lado opuesto. ¡Basta amar, amar mucho, amar siempre!

—Extraña doctrina: dijo Anthea.

—¿Y el populacho gritaba: ¡Crucifícale! preguntó Cinna.

—A mí no me sorprende, contestó Pilato... el alma de este pueblo es el odio... y el odio pide siempre víctimas de amor.

Anthea pasóse por la frente su mano diáfana y preguntó:

—¿Entonces este Nazareno tiene la convicción de que después de muerto se vive y se puede ser feliz?

—Sí, y en consecuencia no teme ni la cruz ni la muerte.

—¡Cinna, que fe tan hermosa!

Y tras un momento de silencio preguntó:

—¿Cómo sabe todo esto ese Justo?

—Pretende saberlo del Padre de todos los hombres. Este Dios es para los judíos lo que Júpiter para nosotros, pero el Nazareno enseña que es a la vez Uno y Trino... y que es misericordioso.

—¡Qué hermoso,* Cayo! repitió la enferma.

Cinna entreabrió los labios cual si fuera a contestar... pero siguió en silencio.

Y la conversación quedó interrumpida.

Pilato recordando, sin duda, la doctrina del Nazareno, sacudía la cabeza y levantaba los hombros.

Momentos después levantóse y se despidió de Cinna y Anthea diciéndoles:

—Hasta luego.

Entonces Anthea abandona su litera y exclama:

—¡Cinna, yo quiero ver a este Nazareno!

—Apresuraos, dice Pilato retirándose, pues el cortejo va a salir.

SIENKIEWICZ

(Continuará)

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Cierto día, de los primeros tiempos de la predicación de Jesús de Nazaret, dijo a sus discípulos:

—«No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín deshacen y donde los ladrones socavan y roban...»

Ya empezaba a echar la semilla de su nueva doctrina. Rompía con las costumbres de la época, con las normas de vida de aquella sociedad que en Roma tenía su sede y que tenía por fin único de la vida el bienestar y el placer. Comenzaba predicando el ayuno, las privaciones en bien de los demás, el sacrificio, la mortificación, la caridad y la igualdad de todos los hombres.

Aquella generación que escuchaba tan extraordinaria doctrina se sentía herida en sus más vitales costumbres y forzosamente habría de oponerse contra quien pretendía derrumbar toda la organización social de aquellos tiempos, incluso condenándolo a muerte si preciso fuera.

Malos tiempos los tiempos actuales para el sacrificio voluntario y la caridad. Un ambiente de inmoralidad y materialismo ahoga a los hombres que en desenfrenada carrera, olvidando los mandatos evangélicos, atesoran bienes terrenales, acumulando dinero sobre dinero, sin preocuparse del modo de adquirirlo.

La vida está cara. Las necesidades forzosamente hay que atenderlas y los sueldos y rendimientos de los negocios dan poco; pero es que quien más se afana por las riquezas son precisamente quienes menos lo necesitan y es la ambición quienes les empuja hacia el lucro inmoral y los negocios en los que el tanto por ciento de beneficio rebasa con exceso el concepto de usura señalado por las leyes y por las costumbres.

Ambición desmedida. Ansias de destacarse, de no privarse de nada. De divertirse, de demostrar un bienestar económico que por vergüenza debían de ocultar en

estos tiempos en que la miseria asoló muchos hogares.

Y estos mismos hombres, hoy de moda, viven en su opulencia olvidados de que tarde o temprano sus riquezas habrán de ser abandonadas. Un montón de tierra cubrirá unos restos mortales, otro montón de gusanos dejará su cuerpo deshecho con sus huesos al descubierto. Pero lo más terrible para estos «afortunados de la vida», es la cuenta que habrán de dar a Dios, no sólo de la administración que hicieron de esos bienes sino del modo que fueron adquiridos. ¡Que no todos los medios son justos para enriquecerse! No les habrá de servir ante el Tribunal de Dios, para justificar su enriquecimiento inmoral, los fines muy loables que les han movido a lanzarse por el camino de los negocios llamados «de actualidad». Si su lema es actualmente «que el fin justifica los medios» para tratar de encontrar una disculpa a su fácil enriquecimiento, no les servirá en modo alguno, pues ni tan siquiera ha de ser levantado un templo a Dios con el producto de un negocio ilícito e inmoral. Si para tal fin no hay otro camino, quede sin hacer y manténganse puras las conciencias, que más grande es el templo que se levantaría al Rey de reyes y Señor de los señores, dentro de un corazón limpio y purificado con la honradez y limpieza de una conciencia.

Peligroso camino el de las riquezas mal adquiridas. Fácilmente se encuentra una disculpa primera que justifique el primer acto inmoral de enriquecimiento. Después... es la bola de nieve que rueda por la pendiente engrosándose y aumentando en velocidad según baja la cuesta de las comodidades y de los placeres.

Quiera Dios, que esta ola de inmoralidad económica en que vive el mundo se detenga ante las puertas sagradas y los corazones honrados de los creyentes.

Y Jesús de Nazaret continuó diciendo:

—«Atesorad, más bien, tesoros en el cielo, donde no hay orín ni polilla que los consuma; ni ladrones que los desentierren y roben. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.»

R.

CONSEJOS

La caridad es una gran virtud. Es también un gran medio para conseguir un doble beneficio: por un lado a la persona a quien se hace, por otro a nosotros mismos por el mérito que tiene ante Dios.

La visita a la casa del necesitado, del que sufre, del enfermo, llevándole nuestro consuelo y nuestra ayuda material, grande o pequeña, nos confortará y consolará en nuestras contrariedades, contemplando las desgracias ajenas, la mayoría de las veces más grandes que las nuestras.

Las Conferencias de San Vicente de Paúl, organizadas en cada parroquia, nos ofrecen el ejercicio de la caridad, realizando con ello una gran acción.

Ellas nos indicarán las familias que hemos de visitar y las caridades que hemos de hacer.

Nuestra conciencia experimentará una gran alegría al realizar esta gran obra de caridad de consolar al triste, ayudar al necesitado y dar buen consejo al que lo ha de menester.

J. M.

CARNAVAL, CENIZA, CUARESMA

SONETO

Aires de Carnaval; cruzando el cielo, rauda y fugaz, pasó una serpentina de risa y de placer, que se encamina a conquistar el mundo con anhelo.

Dios mide su pasión; descorre el velo de su Poder, y un rayo la fulmina. La tira de papel, tuerce y se inclina, convertida en cenizas, hacia el suelo.

Y la ceniza cubre nuestra gloria con su túnica gris de penitencia, pesada en su color robado al plomo.

Y aviva con tesón nuestra memoria poniendo ante los ojos la sentencia que al hombre dictó Dios: «¡Memento, homo..!»

Hermenegildo RODRIGUEZ

CHARLA

—Caramba, don Ramón, sale usted aprovechando el rayito de sol.

—Y qué remedio, amigo don José, el invierno no está como para tener con él buenas relaciones. Salgo a espantar los microbios que abundan por mi casa y me parece que también por las ajenas.

—Y efectivamente, que la gripe trastornó los quehaceres de la casa en muchas familias. El invierno es malo como lo es también la vejez.

—Yo la llevo pacientemente. Es un hecho fatal al que tenemos que someternos. Fui joven, pasaron los años, cumplí mis obligaciones, mis hijos volaron ya de la casa paterna y como decía el famoso poeta: «ya nada que hacer me queda».

—Y cuántas cosas nos enseñó la vida a través de nuestros, en realidad, pocos años de existencia.

—Las suficientes, creo, para que nos marchemos de ella tranquilamente resignados. El mundo se apartó ya de nuestras costumbres, de nuestro modo de vivir... y estorbamos. No comprendemos las diversiones de la juventud, que a fuerza de licenciosas, hastían y cansan sin agrandar. Tampoco entendemos este lío de horarios que trastorna la vida divina y la humana,

ni lograremos adaptarnos a los nuevos modos que políticamente tratan de imponernos desde el extranjero.

—Es verdad, es verdad.

—Ni entendemos estos procedimientos modernos de curar enfermedades. Yo siempre curé mis catarros con cosas muy calientes, y las anginas abrigando bien la garganta, y las jaquecas metiéndome en la cama hasta el día siguiente.

—Y sin embargo ahora...

—Pues ahora se toman cosas frías con catarros, se curan las jaquecas con pastillitas sin guardar cama, las anginas, para qué le voy a decir, de la forma más absurda. A mí me traen loco estos nietos con sus procedimientos modernos. Y lo que más me asusta es que se curan, cuando según mis cálculos debían de morir de repente con tales procedimientos.

—Y eso, don Ramón, le hará a usted dudar de quién está en lo cierto.

—No, eso no. Porque yo puedo demostrarle con mi presencia en este mundo a los ochenta años de edad, de que mis procedimientos eran buenos. Mientras ellos no me lo demuestran de igual manera no me convencerán.

—Sin embargo, la medicina progresa. Los inventos cada vez son mejores. Unos superan a los anteriores en carrera veloz...

—Y sin embargo se mueren como siempre, los jóvenes y los viejos. A una edad y a otra. Total igual. Y si no ya se encargan las guerras de ayudar a la eliminación de este pobre género humano.

—Es usted, don Ramón, irreconciliable con la juventud.

—Hechos, hechos y menos vitaminas y pastillitas. Que están los escaparates de las boticas que parecen droguerías cuajadas de frasquitos de colores.

—El tiempo pasa, don Ramón, y no cabe duda que se ha avanzado mucho en los procedimientos para curar enfermedades. La infancia se logra, la juventud es más fuerte, los enfermos viven más aliviados...

—Pero contra la enfermedad de la vejez no se ha inventado nada todavía.

—Ah, ahí creo que está su poquito de despecho contra la ciencia médica. Yo también siento esa nostalgia. Veo a la juventud que corre bulliciosa con más libertad que antes, con más higiene, más salud y más deportivamente feliz y nosotros, los «que ya no fuimos a esta guerra» ni a la anterior, sentimos la pena del tiempo que ya no puede volver. Resignémonos, como los griegos, con el recuerdo de nuestro tiempo pasado y alegrémonos también de que no hayamos vivido en estos tiempos locos que aun se nos da contemplar.

—Verdaderamente que si fuera joven ahora no me divertiría, ni sería feliz con las «juergas» de esta juventud bulliciosa que vive la vida tan deportivamente como si los veinte años no se fueran nunca a terminar.

—Viendo tanta locura, ¿no cree usted, don Ramón, que preferimos resignadamente nuestra honrosa y santa vejez?

—Efectivamente, ellos se ríen de nosotros pero nosotros podemos reírnos de ellos con más razón porque al fin y al cabo a nuestra edad han de llegar y... pena de la vida si no llegan.

X.

Comentando

Un cuento de miedo

Muchas veces en mis escritos he dicho que el mundo es redondo, y que a fuerza de andar, van a parar nuestros pasos al mismo punto de partida. Hoy lo repito. Todo se repite en este mundo, y todo es viejo y conocido en él, y nada nuevo hay en su historia. Y la demostración, al canto.

Los Santos Evangelios narran la magnífica parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro, en la que el Divino Maestro nos da una lección de lo que es la caridad, lección que sirve hoy con tanta oportunidad como ayer y como mañana. ¡Qué bien suenan las divinas palabras en labios de sus santos Evangelistas! Y también, ¡qué mal

gusto han de dejar estas lecciones en el paladar del estraperlista de hoy!

Hoy abundan los ricos Epulones, y, por desgracia, también abundan en demasía los Lázaros, como el del Evangelio. Y aquí va el cuento de hoy. Más que cuento, historia, ya que el caso es cierto, y que, por vergüenza de sus autores, si es que este vocablo existe aun en el diccionario, se repetirá una y otra vez al rodar de la historia.

Nuestro Lázaro, pobre como el del Evangelio, bueno como el que sirvió de modelo al Señor y temeroso de Dios, como los buenos pobres, se presentó hace escasamente un mes en casa de un actual rico Epulón. Este, no os digo cómo es para que no le conozcáis y porque yo no sabría pintarlo debidamente. ¡Que le pinte el Diablo de la avaricia, si es que es demasiado diablo para saber pintarlo!

—Dios guarde al señor Epulón. Aquí Lázaro, desdichado en el mundo, a rigo íntimo de la miseria, despreciado por los que nada tienen, pero que me superan en riqueza, lleno de fe y de confianza en Dios, lleno de amor al prójimo y de palabras de agradecimiento para los que me amparan y de perdón para los que me ofenden, aquí, Lázaro, pide clemencia

para sus necesidades. No me acuerdo de mis favores prestados, ni tengo en cuenta mi miseria ni la de los míos, y confío en la caridad de los temerosos de Dios. Aquí, Lázaro, muerto de hambre y de necesidades, aquél que en tu hora negra supo dar a tu alma la luz del consuelo y predicar en tus oídos en nombre de Dios la resignación, te pide un mendrugo de pan para los suyos.

Calló Lázaro, y el rico Epulón guardó silencio. Pasan los minutos, y, al fin, una puerta se abre, y una doméstica se presenta con un cuenco de cuarto de litro en la mano, para entregar al pobre esa misma cantidad de aceite. Lázaro abre agradecidos aquellos ojos que tanto lloraron la miseria de los demás y cegaron a la suya, lo recoge y solamente dice:

—¡Loado sea el Señor rey de los ricos, que ha puesto en el pecho de tu dueño la misericordia y la caridad!

Y la doméstica responde:

—Me dijo mi señor, que le debes cinco pesetas...

HERO.



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

RUPERTO RIVERO MORAN

Covadonga, 27 - Telefonº 1817 - GIJON

Jeroglífico núm. 33, por Morán:

NOTA

Di Pren

500

que

500

101

1

¿Me entendiste bien?

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA**Vda. de Melchor Osorio**

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA**J. A. M. S. A.**

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

*La***CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)